



Promontorium Somnii

I



SE promontorio del Ensueño! está en Shakespeare. Está en todos los grandes poetas.

En el mundo misterioso del arte, está la cima del ensueño. En esa cima está apoyada la escala de Jacob. Jacob acostado, echado al pie de la escala, es el poeta, duerme, pero tiene abiertos los ojos del alma. Arriba, ese firmamento, es el ideal. Las formas blancas ó tenebrosas, aladas ó como llevadas por una estrella que tienen en la frente, que van subiendo la escala, son las mismas creaciones del poeta, quien las ve en la penumbra de su cerebro ascendiendo hacia la luz.

Esa cima del ensueño es una de las alturas que dominan el horizonte del arte. De ella se desprende una poesía singular y especial. De una parte lo fantástico; de otra lo fantasioso extravagante, que al fin no es más que lo fantástico riante. Desde esa cima emprenden el vuelo las oceánidas de Esquilo, los querubines de Jeremías, las ménades de Horacio, las

larvas de Dante, los endriagos de Cervantes, los demonios de Milton y los bufones de Molière.

Ese promontorio de los Ensueños sumerge algunas veces con su sombra á todo un genio, como Apuleyo en la antigüedad y Hoffmann en nuestros días. Llena una obra entera, y entonces es temible, es el Apocalipsis. Los vértigos habitan en aquella altura. Tienen un precipicio, la locura. Una de las vertientes es feroz, la otra es radiosa. En la una está Juan de Patmos, en la otra Rabelais, porque hay la tragedia sueño y la comedia ensueño.

Melpómene la cejijunta, puede llorar y rugir contra los reyes; Talía, gracia tanto como musa, puede ultrajar al pueblo y burlarse de él; pueden ambas parecer humanas y aun serlo; la claridad de lo sobrehumano aparece en los ojos estelíferos de sus dos caras.

De ahí resulta en poesía una especie de mundo aparte. Es el mundo que no es y que es. Negad la realidad de Calibán. Atreveos á dudar de la existencia de Cagachitas. Procurad, á menos que seáis Boileau en persona, el verdadero Boileau, Nicolás, hijo de Gil, procurad, pues, que no os interese el *Hombre sin sombra*. Decid á Titania: ¡No existes! Si le dais esa bofetada, os la devolverá. Porque el que no existe, burgués, sois vos.

Todo soñador posee dentro de sí ese mundo imaginario. Esa cúspide del ensueño está debajo del cráneo de todo poeta, como la montaña está debajo del cielo. Es el reino de lo vago lleno del inexpresable movimiento de lo quimérico. Allí se vive la extraña vida de las nubes. Hay en todo algo errante y algo que flota. La forma desligada ondula mezclada á la idea. El alma es casi carne, el cuerpo es casi espíritu. Se lleva la realidad hasta decir, si el caso lo requiere, la palabra de Cambronne, y se llama uno crudamente

Bottom; un fantasma grita al otro: «¡Calla, hijo de puta!» Y se es impalpable hasta el punto de fundirse uno como Ariel en el perfume de una flor.

Es el imposible que se yergue y dice: ¡Presente! El ser empezado hombre se concluye hecho abstracción. Hacía un instante tenía sangre en las venas; ahora tiene luz, ahora tiene noche, ahora se disipa. Procurad cogerlo, se ha ido con las nubes. De la realidad carcomida, que va desapareciendo, sale un fantasma, como del tizón sale humo.

Tal es ese mundo, lunar y terrestre, alumbrado por un crepúsculo.

En cuanto á la cantidad de comedia que puede mezclarse al ensueño, ¿quién no la há experimentado? se ríe durmiendo.

¿El desenvolvimiento del cuerpo es un despertar de facultades desconocidas, y nos pone en relación con los seres dotados de esas facultades, que no son perceptibles para nuestro organismo cuando la *bestia* le complica, es decir, cuando estamos en pie, yendo y viniendo en plena vida terrestre? ¿Los fenómenos del sueño ponen acaso la parte invisible del hombre en comunicación con la parte invisible de la naturaleza? ¿En ese estado, los seres, llamados intermediarios, dialogan con nosotros? ¿Juegan con nosotros? ¿Se burlan de nosotros? No es esta ocasión de tratar estas cuestiones, más científicas de lo que cree la ignorancia de cierta ciencia. Nos limitamos á decir que aquellos que estudian en sí mismos la sorprendente vida del sueño hacen muchas observaciones.

El problema de la carne que descansa, ha sido en todo tiempo objeto solicitado, que atormentó á los metafísicos serios. El desenvolvimiento tiene partes transparentes; un vago estudio es posible en esa nube, y el escudriñar el sueño es cosa muy propia para

tentar á los investigadores. Es como una especie de pesca de perlas en el océano desconocido. Lo que se puede extraer del sueño estudiado, preocupaba particularmente á un grave y sagaz espíritu contemporáneo, Jouffroy. Béranger, amigo suyo, se reía y le decía: «Quiere usted coger lo impalpable.» En efecto, no se puede fijar nada, y, por consiguiente, tampoco afirmar, en esos oscuros espejismos. Pero ciertas persistentes apariencias concluyen por coordinarse, y llaman, á través de la niebla del sopor, la atención de los observadores del sueño. Todo es hipotético, y, sin embargo, sin perder en absoluto su carácter de conjetura, algunos hechos se condensan. Uno de esos hechos tiene algo formidable; helo aquí: existe una hilaridad de las tinieblas. Flota cierta risa nocturna. Hay espectros alegres.

«El maligno espíritu está en la noche,» decía la credulidad cándida de la Edad media, dando á la palabra «maligno» su doble sentido.

El arte se apodera de esa alegría sepulcral. Toda la comedia italiana es una pesadilla en la que estalla la risa. Casandra, Trivelino, Tartaglia, Pantalón, Scaramosca, son bestias vagamente incorporadas á hombres; la guitarra de Sganarella está hecha con la misma madera que el ataúd del Comendador; el infierno se disfraza de sainete; Polichinela, es el vicio dos veces deforme, *peccatum bigibbosum*, como dice la baja latinidad de Glaber, Radulfo; el espectro blanco cose las mangas á su sudario y se vuelve *Pierrot*; el demonio con escamas y rostro negro se convierte en Arlequín; el alma, es Colombina.

El hombre baila de buen grado el baile de los muertos, y, cosa rara, lo baila sin saberlo. En el momento en que está más alegre, entonces es más fúnebre. Un baile en días de carnaval, es una fiesta de fan-

tasmas. Entre el dominó y el sudario no hay gran diferencia. ¿Qué cosa hay más lúgubre que la careta, faz muerta paseada en medio de todas las alegrías? El hombre ríe debajo de aquella muerte. La ronda de las brujas del sábado parece haber descendido á la Ópera, y la batuta de Musard podría estar hecha con una tibia. No hay elección posible entre la careta y la larva. *Stryga vel masca*. Quizás es Rigolboche, quizás Canidia. Los brucólacos y los licántropos se perderían en esa muchedumbre. Esos velos blancos y negros atravesarían un cementerio sin perturbarlo. Un descargador tutea quizás á un vampiro. ¿Quién sabe si ese gentío obscuro, al ir allí, no dejó tras sí algunas huesas vacías? Puede que aquel guarda municipal que pasa lleve algún esqueleto á la prevención. ¿Son borrachos? ¿Son sombras? El martes de carnaval baja de la Courtille, á menos que regrese del valle de Josafat.

Ese sonambulismo es humano. Cierta disposición de ánimo, momentáneamente ó parcialmente falta de razón, no es un hecho raro, ni para el individuo ni para las naciones.

Es cierto, por ejemplo, que todo autócrata está en una situación cerebral particular. El poder absoluto embriaga como el genio, pero es temible porque embriaga sin contrapeso. El hombre de ingenio y el tirano tienen ambos dentro del cuerpo un demonio; los dos son soberanos; pero, en el hombre de genio, siendo la razón igual al poder, el espíritu queda equilibrado.

En el tirano, como la omnipotencia está generalmente acompañada de la tontería, y es puramente material, el cerebro miserable vacila á cada instante. Entonces se tienen espectáculos como este: Luis XV enseñando el catecismo á las niñas del Parc-aux-Cerfs.

A veces el estado de ensueño se apodera de hom-

bres graves, de sabios, de teólogos, de rebuscadores de *in-folios*. No recuerdo qué docto buen hombre, sapientísimo, muy huraño en todas las cosas, de quien habla Claudio Binet, refería sus citas amorosas con una princesa de sangre real, muerta hacia ya ciento cincuenta años. David Parens, oráculo de la *Sapiencia* en Heidelberg, soñó que un gato le arañó el rostro; y lo menciona en su diario del 26 de diciembre de 1617, con esta nota: *Somnium sine dubio ominosum*. Y parte de ahí para decir: ¿De qué serviría fortificar á Heidelberg? Jurieu creía tener en su vientre caballería que se batía. Pomponacio se había vuelto quimérico hasta el punto de no saber como había de hacer para dormir, beber, comer y escupir; decía de sí mismo: *insomnis et insanus*. Esciopio no estaba seguramente sano de espíritu cuando, por temor á los jesuitas, toma distinto nombre para disfrazar el suyo en cada libro que escribía, llamándose sucesivamente Vargas, Sotelo, Hay, Krigsoeder, Denio, A. Fano Sancti Benedicti, Junípero de Ancona, Grosipo y Grobinio.

Las instituciones graves son tan propensas á cometer insanidades como los hombres graves. La Iglesia condena la langosta. Se conserva en el archivo de la catedral de Laon una orden del obispo, de 1120, contra un insecto coleóptero que come el trigo y roe la madera, etc. En 1516, el oficial de Troyes publicó la siguiente ordenanza: «Partes inauditas, atendiendo á la demanda de los habitantes de Villenoxe, admonestamos á las orugas que se retiren dentro de seis días, y, en caso de no efectuarlo, las declaramos malditas y excomulgadas.» El Parlamento de París, mandando ahorcar á la hembra de un cochino por brujería, sueña y comete una extravagancia. La Sorbona, prohibiendo curar las enfermedades con quina, «corteza pérfida», estaba enteramente loca.

Las muchedumbres, según acabamos de indicar, no están libres de esos contagios. Los pueblos, hasta los libres, tienen sus resabios como los déspotas tienen sus manías. El pueblo inglés unánime, copiando el lazo de la corbata de Brummel, ¿no se hallaba en estado de sueño tanto como Carlos V poniendo de acuerdo sus relojes, ó Domiciano decapitando moscas? ¿Puede haber un sueño más absurdo que el de Orígenes? Ese, seguramente, no parece contagioso. Pues lo es. La religión de los eunucos voluntarios existe. Id á Rusia y la hallaréis. Los origenistas se llaman *Skopzi*; hay treinta mil; y, esperando el día en que el difunto zar Pedro III, que es su mesías, vendrá á echar á vuelo la gran campana del Kremlin de Moscou, se multiplican estoicamente, sonámbulos hasta el punto de no ser ya hombres.

Toda una ciencia entera puede caer en sonambulismo. La medicina está particularmente inclinada á ese accidente. La Edad media fué para ella un largo eclipse, y casi podría decirse que hasta el siglo xviii la medicina no hizo más que soñar. El bolo de Armenia, la triaca, el electuario de Sennert contra las enfermedades del corazón, formado de treinta y dos substancias, entre las cuales había oro, coral, ámbar, záfiro, esmeralda y perlas, el famoso polvo panacea hecho con ombligos de monos del golfo Pérsico, todos esos remedios parecen pesadillas. Realidad, ninguna. Se condena con la Biblia á Harvey, el *circulator* de la sangre, lo mismo que á Galileo, el *circulator* de los planetas. La higiene era formidable. En un solo año, Bouvart, médico de Luis XIII, hacía *atravesar* al rey por doscientas quince purgas y medicinas y doscientas doce ayudas ó clisteres. Las facultades guerreaban; el diagnóstico combatía á la droga; san Cosme atacaba á san Lucas; los médicos se declaraban homéricos y los boticarios bíblicos; los primeros se decían des-

cientientes de Machaón y de Poladiro, y los segundos entendían remontar hasta el profeta que inventó para Ezequías el cataplasma de higos secos; Fleurant (1) hacía figurar á Isaías entre sus antepasados. El torneo médico en contra y á favor del antimonio ponía en el paroxismo de la locura á Renaudot, Guénaut, y Guy-Patín, y Courtand, campeón de Montpellier, y Guillemeaut, campeón de París. Mientras tanto se moría todo el que quería. Los enfermos tenían fiebre y los médicos deliraban.

Algunas veces hay épocas monomaniacas. El Renacimiento dió á Europa, durante tres siglos, como una locura de paganismo. *Teágenes y Cariclea* (2) y las pastorales de Longo crearon una especie de civilización mitológica, galante y pastoril. La Fontaine escribe:

*Depuis que la cour d'Amathonte
S'est enfuie à Bois-le-Vicomte...*

Apolo, guardador de carneros, era el tipo al cual el cardenal de Richelieu se esforzaba por parecer. En Francia había una especie de Olimpo galo. Los dioses encontraban á los druidas en las cañadas floridas del Lignon. Se llevaba lo pastoril hasta la *pastorilada*. No se estaba en Francia, sino en Arcadia. Se escribía *El pastor extravagante*. Ronsard, enamorado de una dama de la corte, cambiaba *Estrée* en *Astrée*. Los tritones y las nereidas, Rubens lo demuestra, desembarcaban á María de Médicis en Marsella, y Mercurio asistía á su coronación en la iglesia de San Dionisio:

(1) Personaje del *Malade imaginaire*, de Molière, que personifica á los boticarios, con tanta agudeza criticados por aquel eminente dramaturgo.—(N. del T.)

(2) *Teágenes y Cariclea* ó los *Etlopes*, novela griega de Heliodoro, traducida al francés por Amyot.—(N. del T.)

Wolfgang Guillermo, duque de Neuburg, había edificado un monte Ida en su jardín, montaba sobre un águila embalsamada y mandaba disparar cañonazos para creerse otro Júpiter. Luis XIV se disfrazaba, de buena fe, vistiendo un traje de sol. El mariscal de Sajonia tenía en Chambord un regimiento de hulanos exquisito como fantasía; casaca de caracol, calzón verde, botas húngaras, turbantes con crines, picas con banderolas, y una compañía escogida de negros vestidos de blanco, montados en caballos blancos, detrás de la cual iba una batería de largos cañones de cobre, colocados en cajas de pino puestas sobre carritos, y á vanguardia una música china; el conde de Sajonia pasaba revista á ese regimiento, llevando el gran uniforme de mariscal general, y seguido de una góndola llena de diosas medio desnudas, Junos, Minervas, Hebes, Venus, Floras, etc., que eran mujeres pagadas por él y alojadas en su castillo *des Pipes*, inmediato á Creteil, y en su casita de la calle *du Batoir*. Isabel de Inglaterra, antes que ellos, tuvo su Parnaso y su Olimpo. Aquella pedante era digna de ser pagana. Hacía vestir á sus servidoras con trajes de driadas y á sus criados de sátiros; en Hampton-Court, hacía bailar ante ella á los *Juegos* y las *Risas*, que eran sus pajes. No se hacía consagrar por Mercurio, no siendo católica, como María de Médicis, pero no le desagradaba ser conducida á su alcoba por ese dios adornado del caduceo y de alitas en los talones. En Norwich, cierto día, los *aldermen* le sirvieron en una fuente de plata un Cupido que ofreció una flecha de oro á los cincuenta años de Su Majestad. Leicester le dió una fiesta en Kenilworth. Había un estanque; motivo de mitología. Laneham y sir Nicolás Lestrangle estaban allí y lo refieren. Arión, en el lomo de un delfín, y Tritón con forma de Sirena, salieron de entre cañas y mimbres y cantaron á Isabel unos versos

de Leicester. De pronto, Arión, desconcertado por la reina y ronco por la humedad del estanque, se detuvo, rasgó su traje mitológico, y exclamó: «No soy Arión, soy el honrado Enrique Goldingham». Isabel, diosa, se rió. Volvía á la realidad, y era de nuevo reina y mujer de veras, cuando se trataba de cortar la cabeza á María Estuardo, más hermosa que ella.

Un escritor tan misterioso que casi es siniestro, positivo, sin embargo, y práctico hasta el horror, llevando la obediencia de la realidad hasta aceptar el crimen, una especie de pontífice espantoso del hecho consumado, Maquiavelo, ¿quién lo creería?, es, ó parece ser, también presa de los ensueños. Las siguientes líneas son suyas:

«No podría explicar la causa y razón, pero es un hecho atestiguado por toda la historia antigua y moderna, que jamás ha ocurrido una gran desgracia en una ciudad ó en una provincia, que no haya sido vaticinada por algunos adivinos ó anunciada por revelaciones, prodigios ú otros signos celestes. Fuera deseable que se discutiese la causa por hombres instruídos en las cosas naturales y supernaturales, ventaja que no poseo. Puede ocurrir que nuestra atmósfera, estando, como lo han creído ciertos filósofos, habitada por numerosos espíritus que prevén las cosas futuras por la ley misma de su naturaleza, esas inteligencias, que compadecen á los hombres, les avisan por esa especie de signos ó señales, á fin de que puedan estar prevenidos. Sea de ello lo que fuere, el hecho es cierto, y siémpre, después de esos anuncios, ocurren cosas nuevas y extraordinarias». (Maquiavelo, *Discurso sobre Tito Livio*, I, 56).

De ese modo el maquiavelismo se complica con la fe en los presagios. Maquiavelo, adivino, se hubiera encontrado sin reír con Maquiavelo augur.

Esta tendencia del hombre á volcar en lo imposible y en lo imaginario, es origen del *Credo quia absurdum*. Crea en religión la idolatría y en poesía lo quimérico. La idolatría es mala. La quimera es quizás bella.

Todo un arte completo, la música, admirable en Italia y más admirable aun en Alemania, pertenece al ensueño. La música es hermosa en Italia, en Alemania es sublime. Eso procede de que Italia sueña la voluptuosidad y Alemania el amor. De ahí la sonrisa de Cimaroza y el inmenso gemido de Glück. Alemania tiene la gloria de haber logrado hasta aquí, para sí sola, la supremacía absoluta de un arte, cuando las demás naciones se ven obligadas á repartirse entre sí los demás artes. El gran poeta no es griego, pues si hay Esquilo, hay también Isaías; no es hebreo, porque si hay Isaías, hay también Juvenal; no es latino, porque si hay Juvenal, hay también Dante; no es italiano, pues si hay Dante, también hay Shakespeare; no es inglés, porque si hay Shakespeare, también hay Cervantes; no es español, porque si hay Cervantes, también hay Molière; no es tampoco francés, porque si hay Molière, también están ahí todos aquellos que acabamos de enumerar. El gran músico es alemán.

El gran alemán moderno no es Gœthe, es Beethoven.

Acabamos de nombrar á Molière. Si algo existe capaz de demostrar el poderío del ensueño en el arte, sería el verle invadir á Molière.

El profeta, el día en que las montañas se pusieron á saltar como carneros, resistió á la sorpresa del prodigio hasta el instante en que vió que aún el mismo monte Ararat entraba en la danza. Pues bien, Molière también, lo mismo que los demás poetas, entra en el ensueño.